

ciones groseras, baste saber dibujar, tener en la mano un pincel y á la vista la primera Fornarina, dotada de algunos atractivos, para hacer una Santa, una Virgen, ó la más pura de las vírgenes? ¡Oh! esto, según vereis, jamás lo creeré, porque nunca la antorcha divina del genio se enciende en el cieno de las pasiones! Sin embargo, allí está la historia para decirnos que tales fueron los modelos y habitual sistema de los pintores del siglo XVI y de sus sucesores. ¿Y se quería que tuviésemos fé en la inspiración religiosa de todos esos obreros? *Credat Judæus Apollo...*

Haber sacrificado demasiado á la forma material y despreciado la inspiración cristiana, hé aquí, según creo, los dos primeros reproches que justamente pueden hacerse al Renacimiento. La galería del palacio Pitti nos enseña que merece otro mucho más grave. Antes del Renacimiento no se pintaba la desnudez, y esto por dos razones: la primera, porque la religión cristiana, esencialmente espiritualista y moral, lo prohíbe. El arte era tomado por lo serio y mirado como un sacerdocio, como una lengua sobrenatural destinada á expresar un orden de ideas, de sentimientos y bellezas superiores á los sentidos. De ello dan testimonio en diversas épocas la vida y los trabajos de Cinabue, de Giotto, de Lippo Dalmasio, del B. Angelico de Fiesole, de su discípulo querido Benozzo Gozzoli; de Gentile Fabriano, de Tadeo Bartolo; en fin, de los dos religiosos Vidal y Lorenzo, que al pintar los claustros de Bolonia, trabajaban juntos como dos hermanos, excepto si se trataba de la Crucifixión. Entonces Vidal se veía de tal modo anonadado por el asunto, que lo abandonaba todo á su amigo. Yo podría citar otros ejemplos no menos notables de ese profundo sentimiento religioso llevado al arte por los pintores verdaderamente cristianos.

La segunda razón porque no se pintaba la desnudez, es, que no era necesario para la perfección del arte católico. Se buscaba solo la belleza *espiritual*, única cuya vista eleva sobre los sentidos. Ahora, esta belleza se refleja únicamente en los ojos y en las facciones del rostro. De aquí la incomparable pureza de las figuras y el tipo verdaderamente divino, que distinguen las obras de los grandes maestros anteriores al movimiento del siglo XV. Se ve que esta parte absorbía todos sus cuidados y su talento; todo lo demás, visto como accesorio, está tratado con cierta negligencia que ha sido siempre tierno objeto de reproches llevados hasta la injusticia, sobre las partes visibles de las antiguas pinturas. Esta dignidad, esta santa misión del arte fué desconocida por los nuevos artistas. Formados en la escuela del paganismo, no han visto habitualmente más que la belleza material, y para hacerla resaltar han pintado la desnudez; y la han pintado los desgraciados con una abundancia y una osadía, que hacen bajar los ojos á la virtud y ruborizar la frente menos púdica. ¿Es este, preguntamos, el uso legítimo, ó el abuso del arte? ¿Puede creerse que Dios ha dado al hombre el genio para corromper con más habilidad?

Si en los asuntos profanos, la desnudez de que hablo es un escándalo, ¿no es en los asuntos religiosos un contrasentido sacrilego? ¿No se subleva el sentimiento cristiano cuando se nos dan por santas, figuras desnudas y provocativas como las ninfas y sirenas? ¿y por Madre Dios una mujer enseñando á todas las miradas un niño completamente desnudo? No, no, aunque se quiera, jamás se podrá persuadir á ningún católico de que nuestras santas tuvieron la desenvoltura de las diosas, y de que la más reservada de todas las madres, la más santamente púdica de todas las vírgenes, María, en fin, hubiese dado al-

guna vez al público un espectáculo como el de que acabo de hablar.

Por otra parte, nos fué dulce reconocer y nos es consolador proclamar en aquellos contrasentidos extraños, por no decir sacrilegios, que la galería de Florencia ofrece honrosas excepciones: Rafael, el Ticiano, el Guido, el Tintoretto, Julio Romano, y otros más, han escrito páginas verdaderamente cristianas, es decir, verdaderamente sublimes. Pero, admitidas estas excepciones, es difícil dejar de aprobar los reproches dirigidos al Renacimiento. El ha honrado el culto de la forma, hasta hacerlo idolátrico; el arte ha cesado de ser la lengua del espiritualismo, para ser la del sensualismo: en vez de ser un sacerdocio católico, ha sido frecuentemente un sacerdocio degradante y corruptor. Sustancialmente el arte ha perdido, pues, más de lo que ganó en la revolución del siglo XV. En cuanto á la forma, ¿se podría probar que permaneciendo católicamente no hubiera llegado á esa corrección de dibujo, á esa regularidad de contornos, á toda esa perfección de posturas, ropajes y otros accesorios de que justamente se gloria el Renacimiento? El que puede lo más, puede lo menos. El arte católico se había elevado ya hasta la belleza ideal y espiritualista: un poco de práctica le hubiera dado el secreto de la belleza sensible, cuyos modelos son palpables; pero los había despreciado, por las razones explicadas arriba. Podrían citarse como una prueba las obras maestras del Giotto y del B. Angelico, de Gaddi, etc. La capilla de los españoles, en Roma, posee muchas figuras de tan bello estilo en la expresión como las de Rafael, y los pensamientos son más profundos, las concepciones más vastas. La virgen de Santa María *in Cosmedin* y Nuestro Señor en la iglesia de los Santos Cosme y Damian, son admirables, las figuras son de un tamaño á que no llegaron

nunca en las suyas Miguel Angel, Rafael y todos los pintores que les siguieron.

Salimos de la galería de Florencia con la vista encantada, pero poco satisfecho el corazón. A vista de tanto talento tan tristemente gastado, se jime amargamente, y no se encuentra consuelo, sino solo en la esperanza de una vuelta al orden, vuelta ardientemente deseada hoy, y que cada cual debe hacer un esfuerzo por apresurar su saludable progreso, con todo el poder de su debilidad. Tal es el motivo de las reflexiones que preceden; ¡ojalá pueda él servir á la vez de justificación!

28 DE NOVIEMBRE.

Anécdota.—El Palacio Vecchio.—Los Uffizj.—
Visita al Sr. canónigo B.....—Estado moral de Florencia.—Cofradía de la Misericordia.—
Catecismo de perseverancia.

Ayer habíamos dejado la galería para dirigirnos á los Uffizj, pero lo avanzado de la hora nos obligó á dejar la visita para el día siguiente. Durante la noche el áspero clima del norte había reemplazado á la dulce temperatura de la Italia. El frío-lento toscano, sorprendido de improviso, no sabía como envolverse en su capa. Su embarazo nos daba risa, porque el frío nos parecía muy llevadero. Ahora bien; antes de empezar nuestro bello y largo paseo sobre las pintorescas riberas del Arno, habíamos tenido cuidado de almorzar con un apetito que había sido singularmente favorecido con la picante conversación de un viajero inglés.

Este amable narrador era un pequeño anciano, muy experto en los viajes. En su vida nómada había visitado muchas veces la Europa entera. Nada importante se le había escapado y hablaba de todo con una exactitud y oportunidad que daban á

sus relaciones un encanto y un interés siempre sostenidos. Por un privilegio muy raro entre sus compatriotas, se expresaba en nuestro idioma con elegancia y sin acento extranjero. Unia á conocimientos muy variados, lo que es todavía más raro, una perfecta modestia. Pues bien, habíamos solamente cinco ó seis en el comedor; la conversacion era jeneral. Nos preguntábamos mutuamente lo que habíamos notado en las diferentes ciudades de Italia.

En el número de los compañeros de mesa se hallaba un turista muy entusiasta de lo que había visto. Pero sus elogios iban más allá de lo superlativo, si por casualidad el objeto de su admiracion era una bagatela que se os había escapado. Dirigiéndose, pues, al anciano, «Señor, lo dijo, ¿habéis estado en Génova?—Sí, señor, he permanecido allí largo tiempo y creo conocer esa ciudad.» Y se puso á contarnos en pormenor lo que había visto: iglesias, monumentos, cuadros, palacios, establecimientos, numerosas glorias de la soberbia ciudad, todo pasó en revista. Despues de esta larga nomenclatura, el turista añadió: ¿Habéis visto la villa Negroni?—No, señor.—¿Cómo! ¿no habéis visto la villa Negroni? pues no habéis visto nada. Y el viajero se extasió en las bellezas, curiosidades y riquezas de la villa, y en darse el parabien de haberla visitado, y compadecer al anciano de haberla olvidado. «Ahora, os decia, en Génova, la villa Negroni, no encierra nada que no se encuentre veinte veces en Italia. No tiene de ventajoso nada mas que su posicion. Desde el jardín se goza del panorama de la ciudad: aunque este golpe de vista lo teneis más grande y más completo en muchos otros puntos: tal es, por ejemplo, la cúpula de Santa María de *Carignano*.—Señor, respondió el modesto inglés, os agradezco vuestra indicacion; dentro de un mes estaré de vuelta en Génova, y ofrezco no olvidar la villa

Negroni.» Y al punto escribió sobre su cartera: *Villa Negroni en Génova*.

Continuó la conversacion sobre estos y otros asuntos; y el anciano la dejó correr. El seguia tomando parte en ella, dejando escapar algunas palabras que tenian el aire de decir: Ya te conduciré á mi objeto. En efecto, comiendo su *beafsteack*, y sin aparentar tener un pensamiento fijo, se puso á contarnos muchas anécdotas. «Me acuerdo, entre otras, nos dijo, de una circunstancia en mi primer viaje á Paris, y que nunca he olvidado. Yo era jóven, curioso como se es á los veinte años y muy amante de los monumentos y de las obras maestras. Seis meses completos me habían parecido muy cortos para estudiar á Paris. Despues de estar allí, me instalé en Versalles. Un dia que visitaba yo el castillo, me encontré una comitiva de viajeros franceses. Una señora de buen tono, habiendo conocido que era yo extranjero, me preguntó si había yo visto á Paris.—Sí, señora.—¿Habéis visto las Tullerías?—Sí, señora.—¿Habéis visto las galerías del Louvre?—Sí, señora; soy amante de la pintura y por allí he empezado.—¿Habéis visto á Nuestra Señora, á Santa Genoveva, á san Estéban del Monte?—Sí, señora.—Me paseó por todo Paris. A todas sus preguntas daba yo la misma respuesta, y mi respuesta era cierta. De pronto se volvió y me dijo: ¿Habéis visto el canal del Ourcq?—No, señora.—¿Cómo! ¿no habéis visto el canal del Ourcq? pues no habéis visto nada.»

A esta última frase, que iba dirigida á nuestro viajero frances como una flecha á su objeto, todo el mundo soltó la risa, sin exceptuar al caritativo indicador de la *villa Negroni*. De vuelta del paseo, en donde habíamos podido gozar de los encantadores sitios que rodean á Florencia, nos fuimos á los *Uffizj*. Antes de llegar al nuevo templo de las artes, hé ahí á la plaza

ducal con su *Robo de las Sabinas* y no sé cuántas otras estatuas, cuya desnudez recuerda tristemente la fuente de Neptuno en Bolonia. Delante se dibuja el *Palacio Vecchio*. Severo, sólido, pintoresco, edificado al fin del siglo XIII, dominado por su alta y atrevida torre, la antigua mansion de los Médicis, os trasporta á la plena Edad Média. Muestra á la vez la magnificencia de sus antiguos señores, y los trágicos acontecimientos de que fué impasible testigo. Al subir la gran escalera, se espera uno encontrar al hermano Savonarola, al ardiente tribuno que pagó con su cabeza sus democráticas predicaciones; se pasa por el lugar mismo en que fué despojado de su vestido de dominico ántes de subir al cadalso. La torre llamada *Barberia* recuerda á Cosme de Médicis, el padre de la patria. Encerrado en aquel calabozo aéreo por el fogoso Renaud de los Albizzi, tuvo por guardian á Federico Malavotti, llamado el más honrado y delicado de los carceleros.

A traves de un pueblo de estatuas se llega á los *Uffizj*: este nombre, célebre en la historia de las artes, designa un nuevo palacio lleno de cuadros y estatuas antiguas y modernas. Ahí veis en el gabinete de pintaras todos los retratos de los *grandes artistas* hechos por ellos mismos: esta coleccion es única en el mundo. Las diferentes escuelas de pintura italiana, flamenca, francesa, alemana, española, tienen cada una su salon particular. Allí encontramos con gusto las obras de los artistas católicos, colocadas en primer rango; lo mismo pasa en la Academia, donde Florencia conserva en gran número las obras maestras del B. Angelico y de otros pintores contemporáneos suyos. La visita á la Academia y á los *Uffizj*, reconciliándoos un poco con la ciudad del Renacimiento, hace sentir más vivamente la desviacion del siglo XV. Entre una multitud de ob-

jetos que componen la galería de los bronces en el palacio de los *Uffizj*, hay dos que excitaron vivamente nuestra curiosidad: el primero es una águila romana, el águila de la XXIV lejion; el segundo es un casco de hierro con una inscripcion en letras desconocidas; uno y otro provienen del campo de batalla de Cannes.

Como estudio de costumbres, la coleccion de los bustos antiguos de todos los emperadores romanos, partiendo desde Augusto hasta Dioclesiano, ofrece grande interés. La sociedad de sangre y lodo, de que fueron la personificacion los Césares, se refleja en sus facciones con una aterradora verdad. Frentes, la mayor parte deprimidas, mejillas caidas, la parte inferior del *facis* muy desarrollada, cuello de toro, ojos duros y salientes ó pequeños y hundidos, separados por una prominente nariz, dan á los unos la figura de bestias inmundas y feroces, á los otros los de grandes aves de rapiña. Entre los bustos imperiales, puestos en dos líneas, están intercaladas las estatuas de los habitantes del Olimpo. Los dioses y los Césares, unidos por fragmentos de piedras sepulcrales, con inscripciones á los dioses manes, ocupan los dos lados de una inmensa galería: se diria que era una hedionda catacumba, en que el mundo antiguo inmóvil y helado se resume en tres palabras: crueldad, voluptuosidad, muerte. A pesar de las vergonzosas desnudeces que cansan vuestra vista, este espectáculo no deja de ser útil para el observador cristiano. Dándosele á conocer tal como fué el paganismo, pone en sus labios más de una viva bendicion al Dios de misericordia, que ha reducido á sombras todo aquel horrible universo.

Entretanto había llegado la hora de asistir á una cita vivamente deseada. Se me había procurado la presentacion á un canónigo de la catedral, hombre muy dis-

de oír misa. La de san Andres es una média fiesta, y debia celebrarse al dia siguiente. Al atravesar yo la plaza del Mercado, un muchacho como de doce años vino corriendo á echarse sobre mi sotana y me dijo: «Padre, *z'è obliigo di messa oggi?* Padre, ¿hay obligacion de oír hoy la misa?—Hoy, nó; pero mañana sí. Despues de haberme besado la mano, se fué gustoso á cuidar su pequeña tienda. Al dia siguiente, estaba al pié del altar asistiendo con una multitud del pueblo, al santo sacrificio. ¡Virtuoso niño que Dios bendiga! tu conducta me edificó y me sentí dichoso cuando pude decir al seguir mi camino: aquí se toman todavía de una manera seria y respetuosa las leyes de la Iglesia, aun aquella cuya obligacion parece ménos rigurosa, y que la distraccion del trabajo puede hacer olvidar más fácilmente. ¡Oh Francia! ¿hasta cuándo dejarás de hacer llorar á tu madre y sonreír á tus hijos?

Aprovechando las indicaciones que nos habian sido dadas la víspera, nos dirigimos á la *pia casa di Lavoro*. Este establecimiento, uno de los más bellos de Italia, recibe á la vez sanos é inválidos, mendigos enviados por la autoridad, é indijentes que van allí voluntariamente á buscar trabajo. El número total varía de 600 á 900. La clasificacion y separaciones correspondientes están allí bien establecidas. Se enseñan diversos oficios. Hay talleres para tejedores, sastres, zapateros, cardadores de lana, sedas, algodón, para fabricantes de telas de lana, de seda, cintas, gorras rojas para el Levante. Una parte de los productos se vende en la casa, y otra por los comerciantes que la piden. Los dos tercios del valor se reservan para el establecimiento, y el otro para los trabajadores. La disciplina es allí á la vez suave y severa.

No léjos de allí, admiramos la caridad católica en otros dos teatros. El hospicio

Bigallo, fundado por Cosme I, es el asilo de los niños á quienes la miseria de sus padres deja sin educacion; mientras que la *pia casa* de san Felipe Neri, recoje á los niños que andan vagando por las calles, y los arranca de los peligros que produce la ociosidad. La caridad va mas léjos todavía, y los niños que aun están en la cuna, son objeto de su intelijente solicitud. Con gran gusto visitamos el hospicio llamado de los *Inocentes*. Fundado en 1421 y construido segun los diseños del célebre Brunelleschi, reúne la casa de maternidad destinada á los niños expósitos, mantiene 4,000 de estas pequeñas criaturas, y provee á los gastos de su educacion hasta los diez años para los hombres, y diez y ocho para las mujeres.

La Toscana cuenta doce grandes hospicios, colocados en las principales ciudades y destinados á recojer á los niños abandonados. Allí se recibe y se permite la devolucion del expósito, pero está prohibido depositar hijos léjítimos. No se les puede admitir en el hospicio, sino en caso de una urgencia notoria; por ejemplo, si la madre no tiene con que alimentarles, ó si han perdido á sus padres y estos eran único apoyo de la familia. Estas circunstancias deben estar acompañadas de una verdadera miseria, testificada por el cura, el médico y el juez de la provincia; por el comisario de cuartel en la capital, y por el *gonfalonier* 1 de la comuna ó municipalidad en lo que á cada uno corresponde. Los niños están á cargo de la caridad pública hasta la edad de catorce años, las niñas hasta los diez y ocho. Todos permanecen bajo la tutela de los administradores; para las niñas acaba hasta los veinticinco años. La familia á quien se ha confiado un niño

1 Un magistrado de Florencia. Este cargo fué erijido como perpétuo en 1502; pues antes no se ejercía sino por dos meses cada año. (N. del T.)

abandonado á quien ha guardado y cuidado, si es un niño, hasta los 14 años, y una niña hasta los diez y ocho, instruyéndole en una útil profesion, recibe una gratificacion de 70 libras. Las niñas cuya conducta es intachable, reciben una dote al tiempo de su matrimonio 2.

Nuestras interesantes visitas nos habian llevado hasta cerca de la catedral, en donde observamos al pasar el *Sasso* (asiento) *del Dante*. Es un mármol que indica el lugar en que el ilustre poeta iba á sentarse para tomar el fresco é inspirarse á la vista de la sublime *Duomo* Catedral. Cualquiera hombre del pueblo os enseña el *Sasso di Dante* y os refiere su oríjen; ¡tan popular así es el Dante en Italia, y sobre todo en Florencia! Hé ahí una buena leccion para nuestros autores clásicos. Mientras que los cantores modernos del Olimpo y del Pantheon, son desconocidos de la multitud en su propio pais, el poeta católico, sobrevive despues de cuatrocientos años; y los facchini de Florencia y los lazzaroni de Nápoles, y los gondoleros de Venecia, repiten todavía sus cantos populares. La bella iglesia de *santa María Novella*, tan rica en recuerdos, solo nos detuvo un momento, obligados como estábamos á volver á ver al excelente canónigo B. . . . El nos dió sobre el asunto que nos habia ocupado la víspera, nuevos pormenorizados informes, confirmados por un gran número de hechos. Su juicio correspondió perfectamente á la opinion que nos habíamos formado en Génova del estado actual de Italia. En Florencia existe viva y encarnizada, la lucha del bien y del mal. Bajo las clases letradas que corroe el carbonarismo anticristiano y antisocial, teneis poblaciones en quienes la savia de la fé corre todavía pura de toda mezcla; desórdenes en las costumbres co-

2 Véase á Mr. Gerardo Benef. pub. t. II. páj. 173-404; t. III. páj. 541.

mo en todas partes, pero remordimientos y conversiones; allí se ven solo por vía de excepcion el respeto humano y la impenitencia final.

Habiéndonos despedido de nuestro venerable *amigo*, entramos á la biblioteca Laurenciana. Ella presenta á la curiosidad del bibliófilo las famosas pandectas *Pisanas*, manuscrito del siglo VI, en perfecta conservacion; un *Virgilio* manuscrito del siglo cuarto; en fin, un *Horacio* que perteneció á Petrarca y sobre el cual puso el célebre poeta una palabra de su mano indicando á quien de sus herederos legaba aquella obra. La mayor parte de los manuscritos están fijos á las papeleras con cadenas de fierro: antiguo uso que se debe á los benedictinos y que aseguró la conservacion de mas de una obra maestra. Otra cadena mas fuerte que la primera, hacia que la obra quedase siempre fija á la papelería, del monje laborioso: era la excomunion. Sí, en aquellos tiempos antiguos que siguieron á la invasion de los bárbaros, la excomunion se imponía á cualquiera que pusiera fuera de su lugar un manuscrito; tan viva así era la solicitud de la iglesia para prevenir la mutilacion ó la pérdida de las obras del jenio antiguo, de las cuales no existía acaso ninguna copia. ¡Y se dice en nuestros dias: la iglesia es enemiga de las luces!

Atravesando una pequeña parte de la ciudad, llegamos á la bella iglesia de *Santa Cruz*. Allí se encuentran ilustrestumbas; la de Miguel Anjel, la de Galileo, un sarcófago elevado al Dante hace algunos años, y por fin el mausoleo de Maquiavelo, con la siguiente inscripcion de gusto italiano:

Tanto nomini nullum par elogium
(No hay elogio digno de tan gran nombre).

La iglesia de *san Márcos*, especie de gran fábrica, nos enseña la tumba del célebre Pic de la Mirandola. La vista de

este monumento recuerda una anécdota relativa al famoso filósofo. Pródigo de ciencia y memoria, Pic de la Mirandola habia anunciado que sostendría tesis públicas sobre todos los conocimientos que son del resorte del espíritu humano, *de omne scibili (de todo lo que se puede saber)* un gracioso añadía: *Et de quibusdam aliis. (Y de algunas otras)*. Llegado el día del ejercicio, se cuenta que un hombre del pueblo puso coto al presuntuoso sabio, rogándole le dijese cuántas peticiones habia en las letanías de la Santísima Virgen.

30 DE NOVIEMBRE.

Tribuna de Galileo.—¿Por qué fué condenado Galileo?—¿A qué fué condenado?—Salida para Roma.

Desde por la mañana las iglesias estaban llenas de jente. La fiesta de san Andres reunia al pié de los altares una numerosa muchedumbre, cuyo recojimiento fué para nosotros un motivo de edificación. Al piadoso espectáculo siguió la visita al gabinete de Historia natural y á la Tribuna de Galileo. En este último edificio, especie de rotonda de gran magnificencia, se conservan los instrumentos que servian al célebre astrónomo para apresurar el descubrimiento de la revolucion astronómica y afirmar el sistema que todo el mundo conoce. Aquellos telescopios, aquellas brújulas, aquellos cuadrantes, tocados por la mano del jenio, inspiran no sé que profundo sentimiento de respeto hácia el hombre y de reconocimiento hácia Dios. ¡Alma humana, cuán noble eres! ¡Dios de las ciencias, cuán bueno sois en haber comunicado á vuestra débil criatura una parte tan bella de inteligencia!

Pero ¿no ha turbado Roma, por un injusto anatema, el concierto de alabanzas

dado al inmortal astrónomo? ¿no ha querido sofocar esa brillante luz? ¿no ha condenado, en fin, sin razon un descubrimiento que extiende hasta los infinito los límites de la razon? Estas cuestiones, ó por mejor decir, estas acusaciones repetidas por tantas bocas con un acento de triunfo, vuelven naturalmente al espíritu en los lugares de donde salió el asunto del debate. Gracias á Dios, no hay necesidad de justificar la sentencia del tribunal apostólico. Sobre este punto, como sobre muchos otros, los protestantes mismos, han reducido á su justo valor las necias diatribas de la filosofía 1. Además, la injusta condenacion de Galileo por el santo Oficio, es un error de tal modo adherido á las cabezas, que puede sea útil exponer brevemente esta causa siempre antigua y siempre nueva.

En Módena el sabio abate Baraldi, nos habia hecho una indicacion de las *Memorias y cartas hasta ahora inéditas ó sueltas de Galileo-Galilei*, publicadas por Venturi en Módena en 1818 y 1821, así como

1 Se cita á Galileo como condenado y perseguido por el Santo Oficio, por haber enseñado el movimiento de la tierra sobre sí misma. Felizmente hoy está probado por las cartas de Guichardin y del marqués Nicolini, embajador de Florencia, ambos amigos, discípulos y protectores de Galileo; por las cartas manuscritas y por las obras de Galileo mismo, que despues de un siglo han impuesto al público de este hecho, que este filósofo no fué perseguido como *buen astrónomo*, sino como *mal teólogo*, por haber querido mezclarse en explicar la Biblia. Sus descubrimientos le suscitaron sin duda celosos enemigos; pero su tenacidad en querer conciliar la Biblia con Copérnico que le dió jueces, y su petulancia fué la única causa de sus pesares. Fué puesto no en las prisiones de la inquisicion, sino en el departamento del fiscal, con plena libertad de comunicarse con los de fuera. En su defensa no se trató del fondo de su sistema, sino de su pretendida conciliacion con la Biblia. Despues de dá la la sentencia y de exigida la retractacion, Galileo fué dueño de volver á Florencia. Estas instrucciones se deben á un protestante, Mallet Dupan que apoyado en documentos originales ha justificado así á la corte romana. *Mercurio* del 17 de Julio de 1784, núm. 29.

las *Cartas de Francisco Nicolini*, embajador de Toscana en Roma, al juez Andres Cioli, secretario de Estado del gran duque, y que contienen *la historia diplomática, día por día, de Galileo en Roma durante su proceso*. De estas piezas *originales*, escritas unas por Galileo mismo, y otras por Nicolini, su amigo y admirador, resulta en cuanto al asunto de la condenacion:

Primero.—Que Galileo no fué de ningun modo condenado por haber sostenido el movimiento de la tierra.

Segundo.—Ni por haber sostenido que la tierra está en movimiento á través de los aires y en colision con ellos, opinion demostrada ya como falsa por Bacon, Newton, Laplace y por los progresos de la ciencia.

Tercero.—Sino por haber querido establecer, por la Sagrada Escritura, y transformar el dogma, una hipótesis astronómica, entónces muy demostrada y despues abandonada, al ménos en parte, como absurda é insostenible: de donde resulta, que en vez de maldecir al tribunal que fué el primero en condenar esta pretension, es necesario admirarle y bendecirle. ¿No es en efecto hacer al jenio un eminente servicio defenderlo contra sus propios extravíos? Y prohibir que se imponga á la razon una opinion dudosa, como si fuese sagrada ¿no es proteger dignamente la libertad humana? Tal fué la conducta del Santo Oficio romano en el negocio de Galileo.

Vamos á las pruebas: «El aire, escribe Galileo, como cuerpo libre y fluido, poco sólidamente unido á la tierra, no parece estar en la necesidad de obedecer á su movimiento, al ménos mientras las rugosidades de la superficie terretre no lo arrastran y llevan con ella una porcion que les es contigua, la cual no excede mucho á las mas altas cimas de las montañas; cuya porcion

de aire deberá oponer tanta ménos resistencia á la revolucion terrestre, cuanto mas llena esté de vapor, de humo y de exhalaciones, todas materias que participan de las cualidades de la tierra y por consiguiente adaptables á sus mismos movimientos» 1.

En seguida entramos á las explicaciones del flujo y reflujo del mar, Galileo lo atribuye á la rotacion diurna de la tierra sobre el eje, y de ningun modo á la presion de la luna, como quiere Kepler, de quien se burla amargamente. Laplace viene á su turno, rodeado del cortejo de todos los astrónomos y dice: «Los descubrimientos ulteriores han confirmado la opinion de Kepler y destruido la explicacion de Galileo, que repugna á las leyes del equilibrio del movimiento de los fluidos. 2

Ahora, estas opiniones reconocidas hoy como falsas por hombres de ciencia, Galileo queria, segun la tendencia de la época, apoyarlas en los oráculos divinos de la Escritura y en las decisiones de la Iglesia, con el fin de hacerlas prevalecer, «El exigió, dice Guichardin, su amigo y embajador en Roma, en su carta de 4 de Marzo de 1816, que el papa y el Santo Oficio declarasen este sistema de Copérnico fundado en la Biblia.» En una carta á la duquesa de Toscana, se esfuerza en probarlo teológicamente y en enseñar que está tomado del Génesis. Se trata del sistema de Copérnico, entendido como lo entendia Galileo; porque, lo que hace al sistema en sí, Roma dejó siempre la libertad para sostenerlo. Debemos tambien á la sollicitud de los papas la publicacion del libro de Copérnico, dedicado á Paulo III.

De las mismas piezas originales resulta, en cuanto á las penas impuestas á Galileo.

1 Diálogos, IV día, p. 311.

2 *Exposicion del sistema del mundo*. lib. IV c. II.

Primero.—Que no se le sacaron los ojos, como pretende Montucla.

Segundo.—Que no fué puesto en calabozo, como se avanza á decir Bernini.

Tercero.—Que no tuvo cadenas en los piés, como dicen ciertos cuadros de nuestros museos.

Cuarto.—Que no se tocó á ninguna de sus facciones, ni á sus miembros, ni á sus ojos, sino que se tuvieron con él todos los miramientos y cuidados debidos á su jenio y á su salud; que despues de haber ocupado durante el juicio, las habitaciones mismas del fiscal, despues del juicio, se trasladó á la deliciosa villa *Médicis*, en donde fué rodeado durante cinco meses de las atenciones mas delicadas, teniendo por morada el palacio de su mejor amigo Monseñor Piccolomini, arzobispo de Siena, esperando que la peste que desolaba á Florencia le permitiese volver á su patria y entregarse á nuevos estudios.

Citemos aun otros testimonios. Venido de Florencia, llegó á Roma el 15 de Febrero de 1633, y se alojó allí en casa de su amigo Francisco Nicolini, embajador de Toscana. En el mes de Abril se puso á disposicion del comisario del Santo Oficio, «que, segun la expresion de Nicolini, le hizo la acogida mas benévola, y le asignó por morada la propia cámara del fiscal del tribunal. Se le permitió que su criado le sirviese y durmiese cerca de él y que mis criados le llevasen de comer y se volviesen á casa por mañana y tarde.» Tres dias despues de pronunciada la sentencia, el 24 de Junio, el embajador le condujo al jardín de la Trinidad de los Montes llamada entónces villa *Médicis*, ocupado hoy por la academia de Francia. Despues de cinco meses de permanencia en Roma, pasó Galileo á Siena al palacio del arzobispo Piccolomini, y cuando cesó la peste que desolaba á Florencia, pudo al cabo de tres meses poco mas ó menos volver á la

villa de Arcetri, donde le sorprendió la muerte el 8 de Enero de 1642.

Galileo mismo escribia al padre Receneri, su discípulo. «El papa me creía digno de su estimacion; fuí alojado en el delicioso palacio de la Trinidad de los Montes. Cuando llegué al Santo Oficio dos dominicos con gran finura me dijeron que hiciese mi apolojía. Para castigarme, se prohibieron mis *Diálogos*, y se me ha despachado despues de cinco meses de permanencia en Roma. Como reinaba la peste en Florencia, me asignaron por habitacion el palacio de mi mejor amigo, monseñor Piccolomini, arzobispo de Siena, en donde he gozado de una tranquilidad plena. Hoy estoy en mi posesion de Arcetri, y respiro el aire puro de mi querida patria 1.» ¡Pobre mártir!

Despues de habernos edificado doblemente con la buena fe de ciertos escritores y con la crueldad del tribunal de la inquisicion, dejamos la tribuna de Galileo para ocuparnos de nuestros preparativos de viaje. Esa misma noche debíamos salir para la ciudad eterna. Fiel imájen de la peregrinacion del hombre sobre la tierra, la vida del viajero se resume en dos palabras: llegar y partir. Los pocos momentos de descanso de que está sembrada, no son mas que una fugitiva parada, algunas veces un triste vivac y siempre un campamento. Despues de habernos citado en Roma con nuestros compatriotas alojados en el mismo hotel, subimos al coche . . . para la capital del mundo. Eran las ocho de la noche.

1 Obras citadas ántes.

1.º DE DICIEMBRE.

Siena.—Catedral.—Recuerdos de santa Catalina.—De san Bernardino.—De Cristóbal Colon.—Iglesia de Fonte-Giusta.—Establecimiento de mendicidad.—Capilla solitaria.—Idea de nuestro equipaje.—Radicofani.—Recuerdos de Pio VII.

El que exajera miente. Lo mismo que todos los mortales, el florentino no nos parece exento de este defecto. El fabricante de inscripciones en lápidas y el mercader de cerillos nos habian dado una prueba de ello. A los empresarios de diligencias estaba reservado suministrarnos otra, aunque se debe confesar que en Francia esta última clase cuenta muchos florentinos. Ya quiero que entre ellos la imaginacion guie á la lengua, que engañen sin mentir; pero no es ménos cierto que el viajero novicio, cuya inocencia no sabe disminuir el valor de sus palabras, ó el filósofo cuya severa razon mira la expresion como ecuacion del pensamiento, marchan de sorpresa en sorpresa. Se nos habia prometido, afirmado, jurado que en treinta y seis horas haríamos el trayecto de Florencia á Roma; pues bien, habia en la velocidad una exajeracion de diez horas.

Al despertar el dia estábamos en Siena. La antigua *Sena Julia*, sucesivamente baluarte de los Etruscos, colonia romana bajo Augusto, república poderosa de la Edad-Media y rival de Florencia, se dibuja graciosamente sobre la pendiente de una verde colina. Sus casas y sus calles en anfiteatro descienden hasta la llanura y dejan ver por completo su fisonomía austera pero agradable. Desde el punto culminante se alza la catedral, una de las mas antiguas y espléndidas de Italia. En su conjunto se remonta al siglo XIII. Sus muros incrustados de mármol blanco y

negro, su cúpula exagonal, sus esculturas de madera, su pavimento de mosaico, el mas admirable que se conoce, su bóveda azul sembrada de estrellas de oro, sus soberbias vidrieras del siglo XVI, sus bustos pontificales desde san Pedro hasta Alejandro III, sus magníficos libros de coro, con esmalte de oro y azul, tienen con que satisfacer la intelijente curiosidad del artista.

El cristiano no se detiene en esto; su corazon se alimenta con los grandes recuerdos que le trae esta iglesia. El de santa Catalina de Sena domina á todos los demas. No se puede, en efecto, pensar en otra cosa que en aquel ánjel de dulzura, de inocencia, de paciencia, cuyo corazon abrazaba todas las miserias públicas y particulares para aliviarlas. Reina de su siglo por el ascendiente de su virtud, Catalina participó, como san Bernardo, de la gloria de tener en sus manos los destinos de la Europa. «La paz, le dijo un dia el papa Gregorio XI, es el único objeto de mis deseos. Pongo este encargo en vuestras manos; os recomiendo solamente el honor de la Iglesia.» Muerta en Roma el 29 de Abril de 1380, á la edad de 33 años, descansa en la Iglesia de la Minerva. Su venerable cabeza fué llevada á Sena, en donde no ha cesado despues de cinco siglos, de ser objeto de los más brillantes homenajes.

San Bernardino de Sena, el muy amado de la Santísima Virgen, se presenta tambien al viajero católico. Nacido el año mismo en que murió santa Catalina, fué destinado por la Providencia á seguir la obra de su gloriosa compatriota. Al contemplar esas figuras celestes, gloria eterna de la ciudad de Sena, el corazon se dilata; pero bien pronto se oprime cuando al salir de la catedral se ven aparecer dos figuras como dos siniestros fantasmas. La Borgoña, que produjo á Bossuet, produjo